ROBERTO EMANUELLI

La vida son dos días

ENTONCES BÉSAME

Planeta

La vida son dos días

ENTONCES BÉSAME

ROBERTO EMANUELLI

La vida son dos días

ENTONCES BÉSAME

Traducción de Maribel Campmany

Planeta

Edición no venal

Extracto

Título original: *E allora baciami*

© Roberto Emanuelli, 2017
Publicado por Rizzoli Libri S.p.A / Rizzoli
© por la traducción, Maribel Campmany, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición del libro completo: octubre de 2018
ISBN de la obra completa: 978-84-08-19563-4
Composición: Fotocomposición gama, sl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Me han preguntado por qué, a veces,
siento todavía tanta rabia.
He contestado que sólo es porque,
a veces, todavía pongo demasiado corazón.

A mi madre

1

Y ADEMÁS SE NECESITAN ABRAZOS, DE ESOS QUE TE CALIENTAN EL CORAZÓN...

15 de julio

El corazón de la gente no es algo que puedas comprender sólo porque dices que quieres hacerlo. Sería demasiado fácil..., hace falta mucho más. Hace falta valor. Hace falta tener miedo. Hace falta locura. Si no tienes miedo, significa que en realidad no eres consciente de dónde te estás metiendo, y si no estás lo bastante loco, nunca encontrarás el valor para superar el miedo. También hace falta poesía, mucha poesía. Porque la vida de quienes amamos necesita música y caricias. Y cuando su vida se rompe en mil pedazos, se necesita paciencia para recogerlos todos, para buscarlos en los rincones más escondidos, en los más oscuros, sucios y olvidados, con cuidado, dulzura, atención, para volver a colocarlos en su sitio, uno a uno. Y además se necesitan abrazos, de esos que te calientan el corazón cuando dentro hace frío, que apagan el miedo al futuro, que te hacen sentir menos solo, esos abrazos en los que te pierdes y te encuentras, en los que te escondes del mundo y, tal vez, también un poco de ti mismo, que te permiten llorar sin avergonzarte o dar explicaciones, que te impulsan a pensar que lo conseguirás, que todo irá bien. Todo irá bien.

Y puede que la nuestra, nuestra vida, también necesite música y caricias, y abrazos, sí, incluso cuando pensamos que no lo merecemos, incluso cuando nos echamos la culpa de cualquier error, incluso cuando nos decimos que podríamos haberlo hecho mejor, que podríamos haber dado más, así es, nosotros también necesitamos música y caricias. Y un abrazo sincero.

Mientras lo pienso, puedo oír a lo lejos las notas y las palabras de Marco Mengoni —*perché ti voglio bene veramente*..., «porque te quiero de verdad»—, y al mismo tiempo me dejo mecer por el sonido del agua del grifo, que fluye con fuerza en el lavabo y salpica. Llevo unos diez minutos encerrado en el baño, me he lavado la cara, varias veces, con agua fría. Me miro al espejo y veo a un hombre aterrorizado, sin valor. Sin locura. Sin música ni caricias. Sin poesía. Y sin nadie con ganas de abrazarlo ni ponerse a recoger los pedazos de su vida.

Pienso en lo que he dejado, en lo que ha desaparecido. Pienso en lo que he perdido, así, de repente, sin comprender, sin «sentir». Y en todo lo que no he podido conseguir a pesar de mis esfuerzos. Pienso por encima de todo en Laura y en lo que acabo de ver. Llegar a casa y sorprender a tu hija masturbándose es algo que te empuja a refugiarte en un lugar seguro, como cuando eras pequeño, dejando el mundo encerrado con llave fuera y tus pensamientos dentro; como cuando eras pequeño y te escondías debajo de las sábanas para volverte invisible, seguro de que así ningún monstruo bueno ni malo podría encontrarte, de que ninguna debilidad quedaría al descubierto, y ya nada podría hacer mella en la idea que te habías hecho del mundo, con todos sus horrores y sus maravillas aún por descubrir, comprender y

dominar. La diferencia es que, con el paso de los años, la capacidad de asombrarse ante los monstruos y las maravillas va disminuyendo, se esfuma, sientes cómo se apaga en tus manos, en tu corazón, en la curva de tu sonrisa, cada vez más, bajo el peso del desencanto, de la desilusión...

«Ya es mayor, tiene casi dieciocho años —me repito—, es normal. Normalísimo.» Y, sin embargo, no es suficiente para mitigar el disgusto, más emotivo que moral, que me arde en el pecho. No colma ese vacío que me vuelve frágil y me aturde y que evoca los demonios que me destrozan la cabeza y el corazón. Su madre debería estar ahora aquí. Haría falta la presencia de una mujer. «¿Dónde estás, Angela? ¿Por qué no estás?»

Mientras tanto, el ruido del agua debe de haber velado el sonido de algunos avisos de mi teléfono. Son mensajes de WhatsApp de Giada y de Beatrice:

Giada: Leonardo..., eres una pasada en la cama y estás buenísimo, te lo digo en serio, pero también eres un cabronazo, mi querido mecánico y filósofo y no sé qué más... Sí, porque ¿tú qué eres? ¿Qué les cuentas a las que te tiras dos o tres veces, dedicándoles palabras bonitas y profundas reflexiones, antes de deshacerte de ellas para pasar a la siguiente?

Leonardo: Hola, Giada, lamento leer palabras tan hostiles. Yo dejé claro el hecho de que no quería comprometerme más allá de... En fin, me gustó hacer el amor contigo pero, ya sabes, tengo una hija y todo lo demás...

Giada: ¡No hables de hacer el amor, Leonardo! Por favor, al menos ahórrame eso. Lo que hicimos tú y yo fue follar. Echa-

mos unos estupendos, maravillosos polvos, y ya está. Luego desapareciste. Como todos. ¡Eres como todos!

Leonardo: No sé qué decir... Lo siento... Espero que te vaya bien...

Giada: Yo sí sé qué decir: ¡vete a la mierda!

No contesto, ya estoy bastante desorientado con lo de Laura, mejor dejarlo estar...

Leo los mensajes de Beatrice:

Bea: Voy a ver a los Thegiornalisti, tocan en una antigua fábrica en la Tiburtina, ¿te vienes?

Leonardo: ¿Cuándo?

Bea: El jueves.

Leonardo: No puedo, he quedado con Matteo...

Bea: ¿Y qué? Venid los dos...

Leonardo: ¿Te parece de los que les gustan los conciertos de los Thegiornalisti?

Bea: Mmm. Tienes razón, no... xD

Bea: Ayer hablé con Filippo para organizar una cena todos juntos, tú, yo, Laura, él, Matteo y Emanuela... ¿Recuerdas que dijimos de quedar en casa de uno de nosotros y preparar sushi?

Bea: Dice que se ha enamorado locamente, y esta vez también es la mujer de su vida... Lo de siempre, cada semana se enamora de una distinta... No crecerá nunca. Mientras no nos la traiga a la cena...

Leonardo: Pues tú saliste con él...

Bea: Es cierto, pero es que yo luego crecí...

Leonardo: Exacto.

Leonardo: Pero él es así.

Bea: En todo caso, podría proponerle a Laura lo del concierto, ¿qué te parece?

Leonardo: Sí, muy bien.

Bea: Oye, pero ¿qué te pasa? Estás en plan escueto...

Leonardo: No, nada, es que precisamente se trata de Laura. Luego te llamo y te lo cuento...

Bea: ¿Qué le pasa?

Leonardo: Nada, Bea, a ella no le pasa nada malo... Soy yo el que lo ve todo mal, debería ser mejor...

Bea: Pero ¿qué ha ocurrido?

Leonardo: Venga, te llamo luego o mañana y te lo cuento,

pero ¡no es nada grave! O podríamos quedar un día de éstos, tú y yo, me gustaría mucho. De todos modos, dile lo del concierto, sabes que te adora, os adora a todos, pero especialmente a ti, ¡y le encantará ir contigo!

Bea: ¡Claro, después le escribo! Bueno, espero tu llamada, ¿eh?, cuento con ello. ¡Y, sí, nos vemos pronto! ¡Adiós, queridísimo amigo! ♥

Leonardo: Adiós... ♥

Beatrice es mi mejor amiga, una maravillosa criatura de treinta años con la que puedo hablar y abrirme como no hago con nadie más. Lo mismo le ocurre a Laura, y eso ya es un pequeño milagro. Bea es una de las personas más perspicaces y brillantes que he conocido en mi vida. Es psiquiatra en un hospital de la zona de Prati, se especializó el año pasado.

La conocí hace mucho tiempo, cuando salía con Filippo, tenía veinte años, era curiosa y alocada, intelectualmente libre y ecléctica. Muy pronto se convirtió en parte integrante del grupo, prescindiendo de la historia con Filippo, que acabó bastante deprisa y de un modo que nunca nadie ha llegado a entender. Por lo demás, tengo que admitir que jamás he comprendido cómo esos dos podían estar juntos, qué los hacía ser compatibles. Pero ¿acaso hay alguien que sepa explicar en profundidad las dinámicas de las relaciones, de las emociones, de los sentimientos? Hay cosas que suceden sin más, hay que tomarlas tal como vienen.

Salgo del cuarto de baño y voy hacia la puerta del dormitorio de Laura, la que hace unos minutos he abierto y he vuelto a cerrar casi de inmediato. Sólo he mirado durante un instante, un instante que me ha parecido una eternidad, el tiempo de hacer la pregunta más tonta y ridícula: «Laura, pero ¿qué haces?». Ella ha cerrado las piernas y se ha tapado con una almohada. Todavía se ha puesto más colorada de lo que ya estaba, y de golpe ha pasado de la excitación a la vergüenza y luego a la rabia y a la humillación. Tras un instante de titubeo, ha gritado: «¡Cierra la puta puerta!», casi llorando.

Ahora que vuelvo a estar al lado de su cuarto, la voz de Mengoni se oye alta y clara —*succede anche a noi di far la guerra e ambire poi alla pace*..., «a nosotros también nos sucede, hacemos la guerra y deseamos la paz»—. Llamo fuerte a la puerta y grito:

—¡Perdóname, Laura! Voy a preparar la cena, pensaba volver tarde esta noche, como te dije, pero han anulado el partido de fútbol. Nos estamos haciendo mayores, siempre hay alguien que se lesiona, o que tiene hijos, o suegros... Mmm... —Silencio. Continúo—: Perdóname...

Mientras espero una respuesta, me fijo en un papelito sucio y arrugado al pie de la puerta. Es su letra. Lo leo:

> *Algunas veces, de una manera un poco cómica, y un poco conmovedora, decidimos ser alguien o algo que no somos, que nunca hemos sido y que quizá nunca seamos. Porque nos venden una vida que no estamos en disposición de pagar, porque nos piden que digamos cosas en las que no creemos, o que nos identifiquemos con principios que no sentimos como nues-*

tros, con ideas alejadas de nuestro corazón, porque nos dicen que todas esas imperfecciones no nos quedan bien, y que con todas esas sombras nos falta colorido...

No, no puede perdonarme. A los diecisiete años no perdonas a tu padre por haberte sorprendido con las piernas abiertas mientras intentas ser lo que eres.

Al cabo de unos segundos más de silencio, durante los que el volumen del equipo de música ha bajado bruscamente:

—¿No podrías haber llamado? ¿Por qué abres sin pedir permiso, joder?

—Tienes razón, iba distraído, no me he dado cuenta... No volverá a ocurrir —contesto. Y dejo el papel en el suelo, donde lo había encontrado. Entonces pregunto—: ¿Te apetecen unos huevos?

La oigo resoplar.

—Pues vaya novedad... —susurra, creyendo que yo no la oigo. A continuación vuelve a subir el volumen del equipo de música.

Me veo forzado a levantar el tono de voz:

—No te he oído, Laura, ¿has dicho algo?

—Que hagas los huevos.

—Oye, que si no te apetecen, podemos...

—¡Que hagas los huevos!

La segunda vez ha gritado irritada.

Suena el teléfono de casa. Contesto, es Camilla, la mejor amiga de Laura, de modo que mi hija viene hacia mí por el

pasillo. Mientras tanto, se ha vestido. Levanta la mano para coger el inalámbrico.

—Es Camilla... —le digo a la vez que se lo tiendo.

—Lo sé... —responde sin mirarme siquiera, sin apartar los ojos de la palma de su mano, como si esperara que el teléfono se materializara sobre ella en cualquier momento.

Después de cogerlo, se da la vuelta y regresa a su habitación. Antes de verla desaparecer, oigo que dice:

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Por qué no me llamas al móvil? Ah..., no lo he oído, debe de haber ido a parar debajo de la almohada. Sí, ya lo sé, tenía la música a tope, ya ves, no te lo puedes ni imaginar... Luego te cuento...

La cocina está hecha un verdadero desastre, hoy me tocaba a mí lavar los platos. Laura y yo tenemos un acuerdo: dos veces ella y una yo. Teniendo en cuenta que yo trabajo todo el día, es una pequeña rebaja que me parece justa. Pero no he podido pasarme por casa a la hora de comer, he tenido mucho follón en el taller; antes de las vacaciones siempre pasa lo mismo, todo el mundo se acuerda de hacer la revisión, las reparaciones, los controles y todo lo demás en el último momento. Odio trabajar después del horario de cierre que me he impuesto, mi vida no es mi trabajo, yo no soy mi trabajo. Si a veces me quedo alguna hora más es sólo para hacer el mantenimiento de mi Alfa Romeo Spider Duetto del 67. Lo guardo como si fuera una reliquia en el garaje que está detrás del taller, un pequeño capricho al que le tengo mucho afecto por diversos motivos. Pero eso no es trabajo, eso es placer en estado puro.

Además de los huevos, preparo una ensalada de tomate y mozzarella de búfala.

—¡Laura, la cena está lista!

Silencio.

Me acerco un poco al pasillo e insisto:

—Laura, la ce...

No me da ni tiempo a terminar la frase cuando grita resentida:

—¡Oye, que no estoy sorda, ¿eh?!

—Pues podrías contestar —digo también yo ligeramente molesto.

Cuando entra en la cocina ya me encuentra sentado esperándola. Lleva unas mallas negras y una camiseta de tirantes blanca, muy fina, bajo la que se intuye un pecho bastante exuberante. Va descalza. Es guapísima, morena y con la piel oscura y dorada, como su madre, se le parece un montón. Los ojos negros rasgados. Alrededor del tobillo, justo encima del empeine, lleva bien visible un tatuaje que se ha hecho hace unas pocas semanas, sin avisarme ni preguntarme qué me parecía.

—Pues no sé yo —me sale espontáneamente—, ¿de verdad estás segura de que no te vas a cansar de la frase que te has tatuado? ¿No podríamos haber hablado los dos de ello?

—¿Los dos? Es mi piel, no la tuya. No voy a cansarme nunca de esta frase, está en el número uno de la lista de éxitos de mi vida, es mi mantra, «la vida son dos días», y así es exactamente. Es lo que pienso, lo que creo. ¡Es la verdad!

A pesar de que para ti sea difícil de entender... —Hace una breve pausa, esboza una sonrisita idiota y sarcástica y después sigue diciendo—: ¡Así es... y siempre será así! Pero, aunque no lo fuera, me gusta esa paradoja. Lo que cuenta es que ahora lo creo, que en este momento esa frase la siento mía, ¿vale?

La miro y en sus ojos percibo que es plenamente consciente de lo que dice, parezco yo a su edad, tiene el mismo temperamento, la misma pasión, sólo que ella también tiene una rabia que yo no tenía, desde luego, no tan perturbadora. Pues claro que lo entiendo...

Encajo la indirecta y prefiero no discutir. En el fondo, creo que tiene razón en todo, la vida son dos días, no hay duda; pero no se lo digo, no quiero admitirlo, ahora no, no aquí delante de ella, por alguna tonta razón que, en mi cerebro, presumo que tiene que ver con mi papel de padre y, en mi corazón, con mis fantasmas. Y, de todos modos, su tono, como siempre poco amistoso cuando se dirige a mí, no ayuda. Mejor cambiar de tema.

—¿Estás lista para el último año de instituto?

—Papá, estamos a quince de julio, en pleno verano, estoy de vacaciones, acabo de terminar un año duro, he estudiado muchísimo y me parece que lo he aprobado con una media excelente, ¿o me equivoco? —La pregunta es retórica, de hecho, sigue diciendo—: Ahora estoy disfrutando de las vacaciones, quiero divertirme, ¿comprendes? Y, no, no estoy pensando en el último año de instituto. Joder.

—Deja de decir tantas palabrotas, no te hacen parecer más fuerte ni más interesante.

En efecto, siempre le ha ido bien en la escuela, nunca ha tenido el más mínimo problema; le interesan muchas asig-

naturas que a los de su edad por lo general les asquean, como literatura e historia del arte, o música, que ha estudiado desde que era pequeña, instrumento y solfeo (toca el piano de maravilla, aunque a decir verdad ya hace tiempo que ni siquiera se le acerca, y es algo que me apena un poco...). También le gusta leer, cualquier cosa; con once años me pidió que le comprara *Los niños de la estación del Zoo* porque había leído algún fragmento en casa de Bea. Además, creo que tiene un talento natural para la escritura, diría que un talento sorprendente. De vez en cuando tengo la oportunidad de leer breves textos que escribe en Facebook o en algún papel que encuentro por casa, como ha ocurrido hace un rato. Es increíblemente buena, y no lo digo porque sea mi hija: presumo de saber distinguir cuando alguien escribe bien.

Sí, de acuerdo..., pero eso no la autoriza a contestarme de ese modo.

—Qué coñazo... —susurra precisamente. Pero no ha terminado—. A propósito, Camilla, Benedetta y los demás queremos ir a Grecia; ¿para ti hay algún problema? —Lo dice como si fuera a salir corriendo.

—¿A Grecia? —Lo repito como si hubiera dicho «a Siria».

—Sí, a Grecia, papá. Todo el mundo va.

—Mmm... Y ¿adónde de Grecia?

—A Miconos.

—¿Miconos? Pero, oye..., ¿tú sabes lo que hay en Miconos? ¡Ese sitio es una locura! Y ¿quiénes son todo el mundo, eh? Y además, ¿qué tiene eso que ver?, ¿qué me importan a mí los demás?

—Papá...

—Y ¿cuándo quieres ir, a ver?

—Las tres primeras semanas de agosto. Ya hemos reservado la casa con una paga y señal y hemos comprado los billetes de avión para que salga más barato.

—O sea..., ¿ya has reservado la casa en Miconos, con tus amigas, y has comprado los billetes de avión, a Miconos, sin decírmelo? Y ¿cuándo ibas a hacerlo?, ¿el día antes de irte? —Repito la palabra *Miconos* sin parar, la pronuncio de manera histérica, casi como si quisiera subrayar que la gravedad de su acción se ha vuelto todavía más flagrante al haber elegido un destino diabólico.

—Dios, lo sabía... —y sacude la cabeza.

—¿Qué es lo que sabías? ¿A ti te parece normal? ¿Es que no te das cuenta? ¡Tienes diecisiete años, Laura!

—¡Pues por eso, diecisiete, no doce! Y dentro de cuatro meses cumpliré dieciocho, y sólo te estoy pidiendo ir de vacaciones con mis amigas...

—Vale, me has cogido desprevenido... Toda esta historia... Y, además, eso de que me lo digas cuando ya está todo decidido... Pues, no sé... Lo hablamos más adelante, ¿de acuerdo? —Intento recobrar la calma, pero estoy muy dolido.

—Papá, debo saberlo pronto, tenemos que confirmar la reserva y organizarnos, no puedo dejarlos a todos colgados. Y, además, el abuelo Maurizio y la abuela Barbara me han dicho que me echarán una mano con el dinero... —Se levanta—. Voy a arreglarme, que dentro de un rato pasarán a buscarme Camilla y Piergiorgio para ir al cine. Cuando vuelva ya lavaré los platos, también los que te tocaban a ti...

—¡Pues qué bien! ¿Así que a los abuelos ya se lo habías dicho? ¡De ahí has sacado el dinero para la paga y señal y el vuelo! Sabes perfectamente que no es un problema de di-

nero... Para los abuelos es fácil hablar, no se paran a pensar... —Ambas veces casi balbuceo la palabra *abuelos* por culpa de los nervios, y mientras Laura está a punto de meterse en el pasillo, añado apresuradamente—: Y la ensalada, ¿no te la vas a comer?

—Papá, no me gusta la mozzarella, nunca me ha gustado... —Se me queda mirando unos segundos.

—Ah..., ya... —La miro, sin añadir nada más, y a continuación bajo los ojos.

Con el ímpetu de justificarnos a nosotros mismos, nuestros caprichos, nuestros deseos, nuestras narcisistas y a menudo pueriles necesidades, olvidamos demasiado a menudo tener en cuenta y comprender los sentimientos y los razonamientos de los demás, y respetar sus plazos.

Me sirvo una copa de blanco muy frío, es un verdejo, me la bebo toda, luego enciendo un Marlboro. Estoy cansado. Vaya día. Ojeo algunas páginas de *La soledad de los números primos*, otra vez me he propuesto leerlo.

En los pequeños altavoces conectados al iPod suena mi *playlist* semanal de Spotify, ahora canta Dimartino con *I calendari*. Mientras tanto, mis ojos van hacia la tele, puesta en RaiNews24, a la que he quitado el sonido, a la cinta de noticias que pasa por la parte inferior: habla de un petrolero hundido en las costas de Turquía, y mi cabeza y mi corazón no pueden evitar volver allí, a ese diciembre de 1998, cuando aún todo parecía posible...

Aquella noche, en ese sótano lleno de poesía de la via

Berlinguer, mi vida quedó sobre la mesa. Se quedó entre las llaves de mi Vespa y el tabaco con el papel de fumar. Llevaba un cigarrillo encendido que había liado en la mano derecha cuando leí esa carta, unas pocas líneas en una hoja doblada por la mitad; terminaba así: «... pero quiero que sepas que siempre estaréis conmigo, tu Angela».

Recuerdo que cerré los ojos, durante mucho rato, para ver si había algún modo de sufrir menos, para saber si era cierto que lo que ves con los ojos es sólo el reflejo de lo que sientes con el corazón. Cerré los ojos. Para buscar un poco de fuerza en mi interior, un poco de esa energía que a los veinte años te salva la vida continuamente y te regenera, y te hace sonreír incluso ante la mala suerte. Pero nada. Tal vez porque era demasiado, era demasiado grande lo que me estaba matando. Demasiado profundo el agujero que me partía el alma, generando un vacío que iba a quedarse allí para siempre, gigantesco y aterrador.

Ya lo sabía, ya lo había leído: estaba escrito en el silencio de los últimos días, incluso antes de estar escrito en esa incomprensible carta. Noviembre, naranjas y peras en el frutero de plástico verde. Nuestros libros de la universidad esparcidos encima de la mesa de la cocina. Ceniza mezclada con amor por todas partes, en cada cosa. *La literatura del siglo XX*, *Filosofía oriental*, *El teatro griego*... Hojas con los acordes y las letras de las canciones de De André, de Vasco, de De Gregori, junto a una guitarra desafinada con nuestros nombres grabados. «Leonardo y Angela para siempre.» En el periódico de ese día, arrugado, tirado en el suelo: «Desastre ecológico: petrolero hundido en el mar Negro». Y eso fue todo, terminó así.

Eso fue todo...

DÍA 730

Estoy en el océano Pacífico, navego rumbo noroeste (latitud 33° 56’ 23.791” N / longitud 118° 48’ 24.62” O), en Estados Unidos. Veo alejarse Malibú. El mar está en calma, el viaje será largo.